

ELITE

PIÑERUA:
DOLOR
DE CABEZA
PARA CAP

LA PRIMERA REVISTA VENEZOLANA de la guerra y el país

Fraga Iribarne
DERROTADA
A
FELIPE
GONZALEZ

Desde su nuevo frente de Guerra

POS
CUN
DE

A CALLE CONTRA EL "COGOLLITO"
CRECE EL VOTO NULO

3 Personaje

4 Política y Cine: Un Presidente al papel
carbon: Jorge Cahue.

10 Arte y Parte: Régulo Pérez.



12 Desde su nuevo frente de guerra, Posada Carriles cuenta la verdad de su fuga: Rafael del Naranco.

15 Fraga Iribarne: Derrotaré a Felipe González: Rafael del Naranco.

16 Señalan las encuestas: La calle contra el "cogollito": Federico Alvarez.

20 Puntos de Vista: ¿Rebelión en A.D? Contra el Centralismo: Gehard Cartay. Diversionismo: Radamés Larrazábal. El stalinismo odecó: Enrique Ochoa Antich. La disciplina y las imposiciones: Antonio Ledezma.

22 Lápiz Atacon/Boche y Arrime; Humberto Muñoz.

23 Punto y Coma: Jorge Villalobos.

24 Piñerua: Dolor de cabeza para CAP: Lyon Pérez.

26 República Dominicana: Un camino doloroso: Jorge Cahue.

27 Mundo: Pablo Bassim.

28 Luis Vera Gómez y el candidato presidencial: AD no soportará una "stalinización" de su estructura; Jorge Cahue.

31 Unidad Mundial frente al terrorismo; Rafael Sureda Delgado.

32 Retrasado el Plan Ferroviario: María Valdez.

35 Economía: Pablo Bassim.

36 William Dávila Barrios: El gobierno no obstruye investigaciones; Berenice Gómez.

38 ¿Despertó la CTV?: Un discurso revolucionario: Brígido Marquina.



40 Una nueva conducta delictual: "Chamo, quitate los zapatos"; Berenice Gómez V.

42 Cartelera: Coordinación y Misceláneas.- Fermina Daza M.- Minutero: Ida Gramcko. Libros: Judna de Avila. Televisión: Lavinia González.



48 La Panamericana. Una guillotina móvil: Berenice Gómez V.

50 De La Vostok a Mir: 25 años de vuelos tripulados.

52 La lluvia ácida azota al país: Piedad Bellity.

54 De Bolsa a Padre Sierra; Trostky saluda al Marques de Sade; A.G.

58 Provincia: Eloisa Lagonell

60 Semana de Cinco Páginas: Eleazar Diaz Rangel.

66 El Acta de Contadora: Nicaragua firma cuando E.U. cese la agresión: Eloisa Lagonell.

68 Venezuela a la defensiva: No tenemos espías: José Luis Olivares.

72 Un arquetipo de empresario: Coronil Hartmann.

74 Humor Internacional.

76 Ex-Director de ELITE: En el ojo del saurio.

80 El arte ingenuo de Juan Garcia: De la pintura a los instrumentos: Eloisa Lagonell.

NUESTRA PORTADA



Luis Posada Carriles fue localizado y nuestro compañero Rafael del Naranco ha sido el autor de ese éxito periodístico. El prófugo del avión cubano se encuentra en una zona de Centro América denominada "Posta 10", estando al frente de un grupo armado. Se hizo una total cirugía facial para que sus enemigos no puedan reconocerle. En nuestra entrevista, habla de su permanencia en Caracas y de la forma que pudo salir del país.

El problema de las encuestas, tan viejo como el Antiguo Testamento, trae de cabeza al Gobierno así como a todos aquellos políticos cuyas ambiciones no son correspondidas por el "hombre medio". El profesor Federico Alvarez, en un serio trabajo nos habla de ellas e interpreta su significado.

Por otra parte el lanzamiento de la candi-

datura de Luis Piñerúa Ordaz, es abordado por Lyon Pérez quien indica que ese hecho le ha ocasionado serios dolores de cabeza a Carlos Andrés Pérez. Y ya que estamos en la onda política, nuestro Jefe de Redacción, Jorge Cahue, entrevistó a uno de los fundadores de AD en el Zulia, Luis Vera Gómez, quien como es su costumbre se explayó con franqueza y nos dijo que "AD no soportará una stalinización de su estructura". A buen entendedor, pocas palabras.

Esta edición de Elite tiene entre otros buenos trabajos, uno sobre Ronald Reagan en el cual se muestra la identificación total que tiene el Primer Mandatario de los EE.UU., en la vida política con los roles que asumiera cuando fue actor cinematográfico en Hollywood.



● Desde que Luis Posada Carriles escapó de la Penitenciaría de San Juan de los Morros, este procesado por el caso del avión cubano, es una de las personas más buscadas del país. Ya no está en Venezuela, se pasó a la guerrilla en una misión de entrenamiento y está disquiesc a luchar contra los nombres de Fidel Castro hasta el final. Aquí se cuenta la historia de su fuga y su comando vanguardista, tal como lo dijo en una exclusiva el diario "El Mundo".

Desde su nuevo frente de guerra

POSADA CARRILES CUENTA LA VERDAD DE SU FUGA

Apareció Luis Posada Carriles en un país de Centroamérica y habló con ELITE. Allí contó la verdad de su fuga con todas sus peripecias.

— La noche primera de mi fuga, la pasé en casa del fallecido periodista Chao Hermida. Más tarde pasé a otros dos apartamentos, uno de ellos muy cerca de la Plaza Carabobo a pocos metros de la PTJ. Mi salida de Venezuela ha sido algo muy complicado. Una avioneta me dejó en una cercana isla y de aquí, en lancha llegamos a otra. Unos días después, un avión me llevó a Centroamérica lugar donde me encuentro ahora. ¿Si he sido ayudado por policías? Te diré que no, pero tampoco hicieron mucho por encontrarme.

Para la justicia venezolana, pese al proceso del "caso del avión cubano", tuvo palabras de consuelo:

El problema de Venezuela es que la política lo toca todo y los jueces son nombrados por los propios partidos políticos, pero esto no quiere decir que los jueces sean deshonestos. La mayoría cumplen muy bien sus obligaciones en los tribunales, pero el sistema judicial es arcaico, cadúco y por eso los jueces, en ciertas ocasiones, se ven en la imposibilidad de hacer justicia. Creo en los jueces, pero no en el sistema judicial venezolano.

— ¿Sabes que Fidel Castro ha puesto precio a tu cabeza?

Las cuadrillas de castigo de Castro tendrán que encontrarme y luego batirse para lograr su objetivo. Aquí, desde la "Posta 10", comienza un nuevo estilo de lucha. Rafael, tendrás ocasión de oír hablar de mí.

Mis papeles de apuntes llenos de garabatos. La historia, como es interminable, continúa. Escuché muchas cosas, creo que demasiadas. No todas interesan a Venezuela, pero era necesario que nuestro país

Rafael del Naranco

estuviera allí, en la "Posta 10", para ver el rostro de un nuevo Luis Posada Carriles.

La historia — un cuento un poco más largo y menos sincero — parece un golpe mortal a la razón por los vericuetos que hemos pasado hasta llegar a la zona donde se encuentra Carriles y la cual, desde ahora mismo, llamaremos "Posta 10".

El lector comprenderá que no podemos citar nombres, reseñar con exactitud los signos convencionales de los lugares por donde hemos estado. Realizar un encuentro ha sido una odisea, pero está aquí, palpable, crudo, real. Tampoco vamos a decir el día exacto de nuestra partida al encuentro de algo que no tenía lógica, pues con toda sinceridad, debemos afirmar que hasta no penetrar en aquella choza de palma seca, pegada sobre un grueso tronco de árbol carcomido por el tiempo y la lluvia y donde los tallos largos de las lianas buscaban desesperadamente el Sol, jamás creímos que el encuentro se pudiera dar. Es más, en ciertos momentos, sentimos miedo, un terror suelto, no preciso, pero sí presente en aquel corto descampado del bosque tropical. Hoy, después de todo lo sucedido, uno piensa en las novelas de Emilia Salgari y Hemingway como una quimera: la aventura.

Posiblemente la crónica, escrita más con emoción y prisa que con sentido racional y análisis claro, no salga todo lo certera posible, pero lo que el lector tiene en sus manos, es el primer encuentro de Posada Carriles desde su fuga con unos periodistas. No hemos acudido solos a la cita, allí estaban unos productores americanos de televisión, quienes muy pronto darán a conocer en distintos países de América la actitud actual de Posada.

Antes de llegar a "Posta 10", recorrimos

dos países de Centroamérica. Un avión pequeño, ligero, muy sucio, con una hélice — totalmente negra —, partió de un corto aeropuerto al Sur de México. Con nosotros dos personas más las cuales nos habían recogido aquella misma mañana de lluvia y viento en la casa donde pernoctamos. Jamás los había visto. El piloto no habló en toda la travesía. Nada más dejar tierra la lluvia arreció. No soy amante de los vuelos y enseguida siento un malestar casi rayando el miedo. Fueron hora y media entre nubes y pequeños claros que apenas dejaban entrever un verde oscuro. Eso era todo. Al bajar el avión recuerdo una montaña a la izquierda bañada de una neblina muy fuerte que se movía por la ladera a gran velocidad. La pista era de tierra. Ya no llovía pero el cielo continuaba encapotado. Bajamos y penetramos en un pequeño hangar, si aquello se puede llamar así, donde habían varios bidones, varias vigas, algunas cajas cerradas y unas hamacas sueltas. Allí pasamos la noche. A la mañana siguiente muy temprano — no pude pegar ojo, no sé dormir en hamaca y por otra parte me sentía extraño, perdido, como siendo el principal partícipe de una pesadilla — nos vinieron a buscar. El avión se había ido. Una pequeña camioneta tan destartada como el avión estaba conducida por un hombre joven, pero que también era mudo. Parecía que hablar fuera un esfuerzo.

— Le tenemos que vendar los ojos.

Aquellas palabras, las primeras escuchadas en muchas horas, me sabían bien. "Por fin, se terminará todo" me dijo. Ya estaba cansado. Era absurdo todo aquello. Creo que el recorrido no llegó a una hora por un camino de continuas subidas y bajadas. En este tiempo el conductor solamente dijo: "La pistola está en el saco". Creo que se dieron cuenta de mi mueca de pánico pues uno de los dos que habían

llegado conmigo en el avión concretó. Es para que usted la tenga. "Aquí cada uno defiende su vida". Tremendo panorama. Creo que la última vez que tuve una pistola en mis manos, una de esas "negras", fue en el ejército hace unos veinte años. El arma era de calibre 9 mm.

Llegamos a un pueblo de casas construídas con barro y palma. Me quitaron la venda y me dieron a beber algo que me parecía sopa, tenía un sabor amargo, pero lo agradable era lo frío que estaba. Los habitantes, la mayoría indios, no repararon en mi presencia. Creo que hablaban un dialecto entre palabras españolas y mayas o algo parecido. No tuve mucho tiempo de averiguaciones. Me dolía todo el cuerpo y llevaba tres días sin cambiarme de ropa — después serían seis —.

Sentí que la tensión había bajado. Por un camino cubierto de grandes plantas de arbustos y muchos hongos, llegamos a la choza que mencionamos al principio de la crónica. Ya estaba oscureciendo, pero eso se sentía más allí por cuenta de los grandes árboles que impedían la entrada de la luz. Dentro había somieres con sus respectivos colchones y algunas hamacas. Un homillo estaba encendido. Cenamos arbellos con carne de lata y albaricoques también enlatados. Los hombres decidieron regresar a la aldea y volver más tarde. El cansancio pudo con mi humanidad y enseguida quedé profundamente dormido. Cuando desperté los dos acompañantes estaban acostado en las hamacas. Todo estaba muy oscuro, pero ya no pudo continuar el sueño. El calor húmedo era insoportable. Poco a poco, como a empujones, la luz se fue introduciendo por la puerta de lona. Sentí el ruido de un helicóptero y mis dos acompañantes se pusieron de pie como empujados por un resorte. Salieron y yo detrás. El ruido del motor se perdía, pero enseguida llegaba otro.

— Son dos — me dijeron.

Aunque comenzaba el día casi no se veía.

— ¿Tú pistola?

En aquel momento recordé que tenía la "negra" conmigo. Pienso ahora que si la hubiera tenido que usar mucho me temo que no sabría hacerlo. El ruido de los helicópteros desapareció. Prepararon un café. Yo jamás tomo café y me contenté con un vaso de agua. En ese momento el ruido rasante de un avión. El día ya estaba más claro y los tres nos empujamos hacia la cabaña.

— ¿Qué hora es? — preguntaron.

— Cerca de las siete, les dije.

En ese momento por el camino de la aldea aparecieron unas cinco personas. Sin duda, por las cámaras que llevaban eran periodistas. Cierta. Nos saludamos. Uno de ellos, que parecía ser el jefe y después resultó que lo era, se llamaba Ernesto Aviñó, más conocido como "Tato" en el mundo anticastroista.

— Pronto terminará todo — me dijo. Y durante unos momentos hablamos de Ve-

nezuela y de los muchos amigos que aquí tiene.

— Ya llega.

Ignoro quien dijo esa palabra, pero por la derecha de la cabaña, lado contrario del camino hacia la aldea, llegaba un hombre flanqueado con otros dos. Vestían ese color característico denominado verde oliva.

Los que le conocían le abrazaron. Yo no lo hice hasta que no me lo presentaron.

El me miró y lanzó una mueca que parecía una sonrisa.

— ¿No me recuerdas, Rafael?

— ¿Posada?

— El mismo.

Juro que si lo veo paseando por Sabana Grande o sentado a mi lado tomando café en Chacaito, no lo reconocería.

— Me hice una extensa y complicada



cirugía plástica facial. Era necesario. La verdad que tenía otro rostro. Estaba más grueso y su voz, aunque la misma que yo conocía, parecía algo más profunda, como si con las palabras llegara la humedad del ambiente.

La entrevista era, me pude dar cuenta, para los periodistas que vinieron de los Estados Unidos. Yo quedé relegado a un segundo plano. Una vez que quise intervenir no me dejaron. Posada hablaba sin odio, como si no le importaran las vivencias de atrás. Parecía que el tiempo ido era eso, el pasado inexorable que no valía la pena de recordar. Hablaba del presente, de su lucha.

— Este lugar yo lo he bautizado como la "Posta 10", juro por el cielo que será recordado por el mundo entero.

— Parecía un iluminado.

— Desde esta "Posta 10" participaré activamente en una lucha a muerte y sin cuartel contra los comisionados del Castro.

Ahora era un Mesías.

— Juro que cumpliré mi promesa de lucha.

Casi tres horas estuvo la televisión entrevistándole. Se hablaba de una cosa y de repente se volvía a otra. Era un juego de tiovivo de preguntas. Posada Carriles la contestó a todas.

Un fuerte ruido de voces llegaba del bosque como si colgaran de la bóveda forestal. La atmósfera era cálida y húmeda. Varias personas traían hacia la aldea a un hombre ensangrentado y horriblemente mutilado.

— Es Juan — dijo a Posada uno de los transportistas —, hizo que una granada le explotara en las manos.

Juan era un muchacho — posiblemente ahora esté muerto y enterrado a flor de tierra, entre plantas parasitarias y alguna flor del extraña belleza —, tenía 18 años.

— Esto es duro, muy duro — decía Posada con la cabeza baja.

La entrevista con los norteamericanos finalizó, el fin de la misma no pudo ser más dramática. Era, sin duda alguna, un final de película.

En ese momento hablamos Posada y yo unos minutos, la mayoría de ellos para dar aliento a sus tres compañeros de prisión, a quienes recuerda constantemente.

— Y deseo agradecer a los hermanos que antepusieron mi libertad a la seguridad de cada uno de ellos. Me refiero a aquellos quienes me ayudaron a romper mis afrentosas cadenas.

El regreso nuevamente duro, desagradable, pesado e incómodo, se nos hizo corto. Tanto es así, que el miedo a la avioneta desatralada y con su hélice pintada de negro pareció disiparse sobre las mismas nubes. Ellas seguían allí, imposibles, implidiéndome ver la tierra que sobrevolaba. A lo mejor, eran cómplices de Luis Posada Carriles.